



AL REDEDOR DEL ESTILO

XXII. XXI

CUANDO aquí, en Francia, me ví en cierto modo—he aquí una frase hecha—a dirigirme al público, a un público francés, en francés empecé diciendo que en otras lenguas podré, aunque sea mal, vestir mi pensamiento; pero que sólo en la mía, en la lengua española, puedo desnudarlo—como que mi pensamiento es lengua española que en mí piensa—, y luego que a ningún pueblo puede sonarle a acento extranjero el acento humano, y que con acento humano iba a hablarles. Pero ¿hay un acento humano?

En aquel cuento de Edgardo Poe en que se narra el crimen, por un orangután, de la calle de la Morgue, se nos dice que los gruñidos de la bestia sonaban a acento extranjero, pero de hombre. Si oímos a un loro en español, conocemos acaso—no siempre—que es loro y no persona; pero si el loro pronuncia frases en ruso o en japonés o en sueco, será difícil, no viéndole, que las distingamos de la de una persona. Y no, no hay un acento humano, un acento universal. Sería el acento medio, y el acento medio es, como todos los términos medios, la más inhumana de las abstracciones. El promedio de lo humano es lo animal.

Lo que yo quería decirles al hablarle de mi acento humano, de mi acento universal, era mi acento individualmente personal o personalmente individual—, mi estilo de decir y de pronunciar y de acentuar. Porque lo individualmente personal es lo más humano que hay. Lo individual es el colmo de lo comunal.

Monsieur Herriot, el actual presidente del Consejo de ministros de la República francesa, este producto de la democracia pacifista francesa de después de la guerra, hablaba, no hace mucho, del francés medio, del ciudadano francés de término medio—que es el sujeto democrático—. En inglés hablan del *average man*, y en alemán tienen un término técnico, de estadística, que es «hombre de corte transversal», *Durchschnittsmensch*. Y el hombre de corte

transversal siempre resulta corto o no llega a hombre entero.

Este hombre medio tiene un acento medio que no le es propio, que le es común. Y ese acento, para el que no habla su lengua, no es acento humano, porque no es acento personal, espiritual. Pero si oís un discurso, en lengua que no entendáis, a uno que la hable con acento personal, con estilo, sentiréis el acento humano.

¿Por qué del término abstracto humanidad, que quiere decir la cualidad del ser humano, hemos hecho un colectivo equivalente a género humano? Y, sin embargo, las muchedumbres de hombres, las masas, no son humanas. No hay masa humana. Puede ser humano cada hombre; la muchedumbre es inhumana.

Y luego, cuando me he puesto a escribir artículos para que sean publicados en francés, he visto lo intraducible de mi humanidad, sobre todo al francés de tipo medio. Porque hay aquí, en Francia, más que en otra parte, no ya una gramática, una retórica nacional, oficial, realista tal vez, imperialista a las veces, republicana acaso, una manera democrática. ¿Estilo? Estilo, no, sino negación de estilo. Y así, cuando se oye decir: «Aquí casi todos escriben bien», hay que traducir que nadie escribe o que escribe la masa. ¿Escriben? No; está escrito. Componen al modo de un tipógrafo.

Hay que ver la dificultad de introducir uno de esos a que se llama neologismo. Yo, que he empleado alguna vez en español el vocablo *curoide* para designar el que es al cura lo que el metaloide al metal, el esferoide a la esfera, el elipsoide a la elipse, el antropoide al *anthropos*, u hombre, el selenoide a la *selene* o luna, tuvo un pequeño éxito en Bruselas al hablar del *curoide*, que lo tradujo *pretroide* y lo expliqué. Pero fué en Bruselas, en el gran Brabante, donde la libertad es mayor que aquí.

Otro día introduje en un escrito aquella expresión gaditana de que uno tiene gatitos en la barriga—individualizaba el uno ese—, y la traduje dándola por expresión traducida y explicándola. Pues bien; el ciudadano francés de tipo medio, encargado de revisar y corregir mis escritos, se sonrió al leerla; murmuró: «Es original»; pero la suprimió al pu-

blicar el artículo. Y la suprimió porque resultaba original en francés, original como el pecado a que debemos la historia y el progreso. ¿Original? No; la originalidad es la negación del lenguaje democrático, del lenguaje de una muchedumbre nacional cualquiera.

¿Es que la originalidad es intraducible? ¿Es que lo original de una lengua no puede pasar a otra?

«Original» deriva de «origen», y «origen» del verbo latino *orior*, *oriri*, que significa surgir, nacer. Es el mismo verbo de donde viene nuestra voz «oriente», o sea naciente, con referencia, ¡claro!, al sol. Y original es lo naciente o lo surgiente. Y lo que nace luego se transmite, se le hace vivir, se

le convierte en tradición. Pero en tradición viva. Y tradición es algo así como traducción, pues el *tradere*, entregar o transmitir, es un traducir. Cabiendo originalidad en la traducción. ¿O es que el vivir no es un continuo nacer y un continuo morir y un continuo renacer?

Hay, sin duda, traducciones originalísimas; hay traducciones que tienen el valor de una creación primitiva, que tienen estilo. Porque hay quien piensa y siente en una lengua lo que otro pensó y

sintió en otra. ¿Lo mismo? Parece lo mismo.

Mas esto nos llevaría al arte de traducir, que es cosa muy estrechamente atañedora al estilo. El imitar mismo es un traducir, y cabe, sin duda, originalidad en el imitar.

¿Es que la personalidad se transmite? He aquí toda la base de la traducción y de la tradición. Que es la base misma de la herencia espiritual. El pecado original dicen que se trasmite.

Miguel DE UNAMUNO

